



UN NIÑO EN BICICLETA

Por Santiago AIZARNA

Ciertas horas de la vida son bellas porque no se ven, porque la niebla las visita y entonces nadie puede acercarse a ellas. No sabíamos todo lo que hay de real y de diverso en la vida del lugar que amamos, ni siquiera la hora en que ese lugar no es uno y no es puramente negativo, puesto que se puede dar el encanto de todo eso.

MARCEL PROUST.-Jea Santeuil

La imagen es nítida. Tiene, eso sí, la pátina inevitable y gozosa de los años, pero más años que pudieran transcurrir, más siglos que fueran desfilando en la rueda viva de la memoria no podrían borrar esta visión un tanto global y sincrética del niño que yo entonces era en torno a su paisaje entornante, y la visión analítica de hoy, cazada en perfiles hasta de caricatura de aquel niño que miraba, de aquel niño que era como un corderillo asustado por la carretera, con una bicicleta de niño bajo sus piernas, pedaleando bajo los glaciales fríos de aquellos inviernos de la niñez que eran mucho más fríos que los de ahora o así nos lo parecían, identificados este ser y parecer del pretérito y del presente en la carne del niño que sufrió su sevicia y en el análisis rememorativo del personaje maduro que no puede por menor de sentir como propia la carne de aquel niño, y propia también la visión de aquel paisaje, y la crueldad del clima, y la carretera que unía a los dos pueblos vecinos con perfiles medio ciudadanos el uno, y campestre, labriego, rústico el otro.

Rememorar a este niño que, con su bicicleta enana hacía el recorrido entre Oyarzun y Rentería, es como rescatar la infancia, como montar en el Pegaso incoercible y tráfuga de los tiempos e ir a pastar a los campos opimos en donde la edad se detuvo, anclados ante el espejo eterno y mágico de Peter Pan. Recordar a este niño es como vivir de nuevo en el acendrado sentimiento de la memoria bifocal, en el ayer presentizado, de la misma manera que, alguna vez, recordamos haber pasado exactamente por esa misma circunstancia, lugar y tiempo, cuando en verdad, sabemos positivamente, que nunca estuvimos en circunstancia parecida, cuando la certidumbre del desconocimiento del lugar nos ha convencido, y cuando la ceniza del tiempo ni siquiera tiene la suficiente urdimbre como para entintarnos la duda.

Pero vivo está el niño, y la bicicleta, y la carretera. Y al final, como una meta no deseada, el colegio de Rentería, donde el niño iba a aprender las primeras letras, que costaban aprender

mucho más de lo que cualquiera pudiera imaginar, porque estaba este primer handicap de la distancia, y después, el otro segundo handicap de la lengua, porque en aquel Rentería de hace unos 35 años que esto ocurría, se había plantado e implantado el castellano, y aquel niño que llegaba con su bicicleta al pueblo con atisbos ciudadanos, no sabía otra lengua que la que en su ámbito rústico y labriego solía hablarse, de forma que ya era tropezarse con dos obstáculos de fuerza, pero quedaban todavía más, y era el más importante de ellos, esta timidez en que siempre me he debatido, porque yo mismo era el niño campesino que se allegaba con su bicicleta enana a la escuela de Rentería, y al encontrarme ahora con aquel yo mismo que fui se me reverdece un poco la nostalgia de la evocación, se me quedan como prendidos en los telares de la mirada todos los encantos indefinibles de un tiempo ya ido, pero también todos sus temores, sus angustias, sus fríos.

No es difícil encontrarse, con las manos ateridas, con las desnudas rodillas amoratadas, a un lado de la carretera, mientras no pasa nadie, no pasan más que de vez en cuando unas bicicletas, de obreros oyarzuarras que van a trabajar a las fábricas de Rentería, y esta misma soledad recreada, esta desertidad de una carretera en donde hoy los coches nos desbaratarían los lagos de la evocación, es suficiente para darnos conciencia de qué manera nos quedamos ya definitivamente huérfanos de aquel tiempo, de su encanto, porque encantador era, perfectamente vinculado a la elementalidad y a la esencia de nuestra preferencia a lo pretérito, ver esta carretera en aquella sazón, como un meándrico río perdiéndose en la arboleda, hasta que venía a dar, afluente, en el otro gran río de la carretera general, una vez traspasada la esquina viva de la casa de Larzábal que se hubo de abatir cuando el tránsito inició su crecimiento.

Uno se pregunta, desde esa memoria de los años, cómo todos somos en verdad, seres amputados de historia, por cuanto que lo que las generaciones presentes no vieron y si nosotros recordamos, tampoco vimos anteriores acaecimientos, tampoco podemos tener el gozo de memoria de recrear siglos anteriores que es, acaso, el dolorido placer que podría encontrar Aasha-verus en su peregrinaje inextinguible. Que es cuando se tiene el palpito y la sensación de la hoja efímera, ya que el árbol es la misma historia con su tallo añoso, y las hojas fenecen y vuelven a rebrotar, que es cuando penetramos en la unicidad nuestra, y del tronco humano sólo se nos cuelga el parentesco, como una conciencia global de que hay un husmo de familia rodeándonos, pero nunca lo suficientemente enterizo como para podernos envolver en su significado general.

Por eso, acaso, porque en la carretera no hay nadie cuando hoy está demasiado poblada, no se sabe quién mira hacia dónde, si el niño hacia un futuro que es hoy presente, o el maduro hacia el pretérito también presente, de manera que las dos miradas, como bisectrices de ángulos ideales vayan a configurar la altura media de una misma personalidad: crecido el niño hacia las almenas de un desarrollo de su entidad y congraciándose el maduro con su infancia, con un sendero tintineante de recuerdos a sus pies, como pozal de maravillas en donde abreviar su sed de ilusiones.

Pero quedaría fuera de esta evocación, la real aventura de la carretera si no se diera la transcripción de un dolor que nos puede lacerar más aún el ánimo al saber que es un dolor infantil asimilado en la congoja, congoja de esas manos ateridas que hemos dicho y ante la que el niño tiene el gesto primitivo y elemental de calentarlas bajo el sobaco, que es que permanece así, como maniatado, como sujeto por una camisa de fuerza mientras llora (evocación del lloro del niño, gimoteante, moqueante en la orilla de la carretera, con la bicicleta caída sobre un ribazo y los cristales de la helada brillando ante la luz mañanera) y no sabe qué decir porque algo musita entre los labios, no se sabe si un rezo como es todo musitar en los labios de un niño, y es que llama a su madre con las manos quemándosele de frío, que nunca le parecerá tan fuego el frío como ahora en donde los millones de agujas de la sangre le taladran los dedos, que nunca le parecerá tan larga, tan desierta esta carretera como

cuando a nadie puede columbrar en la distancia, ni siquiera el paso de una burra de lechera llevando su blanca carga al mercado, ni siquiera una «gurdiya» con el eje de madera desgarrando el aire. Sólo el frío con el que no puede,

—Amá, amá...!

estirándosele el «amáaaa...» en la boca, estirándosele el «amáaaa...» en las lágrimas, en los puños que se le aprietan de coraje, y hay un desgarrado lamento de un niño que llora de frío que se nos queda anidado en el recuerdo del corazón, y que es acaso, desde entonces, desde ese

—Amá, amáaaa...!

desgarrador cuando hemos entrado en contacto con la orfandad universal del ser humano, cuando ha llamado con voces de frío y de dolor a la aldaba de la mansión de dios, y se ha encontrado dándose de golpes en su propio pecho, resonándole el propio corazón como la aldaba que resuena tétrica en los vacíos de la mansión de dios, que es cuando se da cuenta de que no hay nada, de que no hay nada más que un niño que llora sobre la carretera, que no hay nada más que este niño, nada más que esta carretera, nada más que un llorar, nada más que un huérfano, y la mansión de dios está vacía para siempre y la aldaba no hace más que herir su propio pecho, quedarse aquí contemplando a la bicicleta que está en el ribazo, quedarse aquí con las manos entremetidas bajo los sobacos, hundiéndose en la conciencia del huérfano y de la nada.

Está también, el miedo a la noche, cuando en las noches largas del invierno, la imaginación que es el gran ladrón del sosiego, le va dibujando en la oscuridad formas vagas, y todas las viejas consejas oídas en familia se le recrudecen, y hay veces en que ha corrido pedaleando con furia hasta llegar sin aliento, pero hay veces también que, con el sigilo de un ladrón se ha puesto a la zaga de una bicicleta y ha pedaleado al unísono, acompasado, con el pedalear del hombre que va delante suyo en su bicicleta, sintiendo la protección de la compañía,

—estaré aquí esperando, ya vendrá alguien...

cuando los faros de la bicicleta, vienen carretera adelante y él se apresta a seguirlos, que sucede también que alguno se da cuenta del seguimiento y aprieta el pedalear y el niño suda terrores de no querer quedarse en este mar de negruras que es la noche, con rostros negros apareciéndosele contorsionados, y hay veces también en que el hombre se ha parado y ha sido él mismo quien le ha provocado el susto, por lo que le ha desfallecido con el hecho la confianza que hasta ahora sustentaba en el género humano, y que era esa aproximación del que ahora tiene que huir.

La memoria del niño está de fugaces sensaciones que todas ellas tienen que ver algo con los fenómenos naturales, con las noches y las mañanas, con los climas distintos, con la lluvia y el frío, y el viento sur que le transporta como en volandas y del cual le quedará seguramente como arregostado ese deseo de siempre del vuelo, del volar que ya ha soñado incontables veces, prolongándose como la hoja que es en los aires de la ventolina, pero la memoria del adulto está hecha de esas mismas sensaciones traspasadas ya a la categoría del dolor y del raciocinio.

Cuando ahora—la carretera ya es distinta, y son distintos los paisajes todos, y es distinto el vehículo en donde el niño de ayer pasa—se evoca al niño que uno fue, viene esa pesadumbre de la infancia en donde se sufrió en el paraíso, y el espacio de la memoria se pierde en esa cinta de carretera que media entre Oyarzun y Rentería, por el que un niño caminaba y se le quedó prendido para siempre en el recuerdo.

Estaban después las clases, los juegos en la Alameda entre la carretera y el río, la casa en el límite del puente que también hubo que abatir, y está en la evocación de Rentería, toda una edad de la infancia, que la dejamos así, a mano izquierda según vamos, a mano derecha según venimos, marginado por el paso frenético de nuestros quehaceres, pero que siempre y siempre nos dejó como prendido en el pecho la escarapela del recuerdo, esa planta agraz a veces y a veces dulce que, de alguna manera, sirve para amanecernos a edades de resurrección.